

LIGIA URROZ  
LA GUITARRA DE STEVE VAI

CARLOS VELÁZQUEZ  
LOS LIBROS DEL 2018

JESÚS RAMÍREZ-BERMÚDEZ  
EL MESTIZAJE LITERARIO

NÚM. 182 SÁBADO 12.01.19

# El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

AMOS OZ

LA MUJER DE LA VENTANA

LEER: SER EL OTRO

BRUNO H. PICHÉ



LETRAS  
DE  
HERENCIA  
JUDÍA

Arte digital > Gerardo Nuñez > La Razón

BASHEVIS SINGER

EXILIO Y RESISTENCIA

GILDA WALDMAN

OCTAVIO PAZ: POETA Y PUGILISTA • MARY CARMEN SÁNCHEZ AMBRIZ

Al final de 2018 trascendió la muerte del escritor israelí Amos Oz, quien deja una obra de gran calado, distinguida por el propósito de tender puentes de comprensión para la convivencia y subsistencia humana. Rescatamos su discurso al aceptar el premio Princesa de Asturias, el 26 de octubre de 2007, que plantea su idea de la novela como esa forma

privilegiada de imaginar, conocer al vecino, al otro, y ampliar de esta manera nuestra comprensión de la vida y del mundo. Es a la vez un argumento para superar los lastres que han impedido la paz entre Israel y los países árabes. Completamos la entrega con una valoración de ese trayecto escrita por Bruno H. Piché, uno de sus lectores asiduos en México.



# LA MUJER DE LA VENTANA

AMOS OZ

Si adquieres un boleto y viajas a otro país, es muy posible que observes las montañas, los palacios y las plazas, los museos, los paisajes y los sitios históricos del país. Si corres con suerte quizá tengas la oportunidad de entablar conversaciones con algunos habitantes del lugar. Después, volverás a casa cargado con un montón de fotografías y de postales.

Sin embargo, si lees una novela, entonces adquieres un boleto a los recovecos más íntimos de otro país y de otro pueblo. La lectura de una novela de otro país es una invitación a visitar las casas de otras personas y a conocer sus recintos más privados.

Si eres un mero turista, te detendrás en una calle para observar una vieja casona del barrio antiguo de la ciudad y verás a una mujer que se asoma por la ventana. Entonces seguirás tu camino.

Pero si eres un lector, puedes ver a la misma mujer asomándose por la ventana y además estar con ella, al interior de su habitación, dentro de su cabeza.

Al leer una novela de otro país, recibes una invitación a pasar al salón de otras personas, a los cuartos de los niños, a los estudios, a los dormitorios. Estás invitado a entrar en sus penas secretas, en sus alegrías familiares, en sus sueños.

Por eso creo en la literatura como puente entre los pueblos. Creo que la curiosidad puede ser una cualidad moral. Creo que la facultad de imaginar al otro es un antídoto contra el fanatismo. La capacidad de imaginar al otro, al extraño, no

sólo hará de ti un mejor hombre de negocios y un mejor amante, sino también una mejor persona.

Parte de la tragedia entre judíos y árabes es la incapacidad de muchos de nosotros, judíos y árabes, de imaginarnos unos a otros. De imaginar realmente entre nosotros los amores, los miedos terribles, la ira, los instintos. Hay demasiada hostilidad entre nosotros y demasiado poca curiosidad.

Los judíos y los árabes comparten algo esencial: en el pasado, ambos han sido manipulados, burda y brutalmente, por la mano de Europa. Los árabes mediante el imperialismo, el colonialismo, la explotación y la humillación. Los judíos a través de la discriminación, la persecución, la expulsión y, por último, el homicidio en masa.

Uno pensaría que dos víctimas, especialmente dos víctimas de un mismo opresor, desarrollan entre ellas un sentido de solidaridad. Por desgracia, no funciona así cosa, ni en las novelas ni en la vida. Algunos de los más graves conflictos ocurren, de hecho, entre las dos víctimas de un mismo opresor. Los dos hijos del mismo padre violento no necesariamente tienen que quererse uno al otro. Con frecuencia, entre uno y otro ven reflejada la imagen del padre violento.

Este es exactamente el caso entre judíos y árabes en Medio Oriente. Mientras los árabes ven en los israelíes a los nuevos cruzados, una extensión de la Europa blanca y colonizadora, muchos israelíes ven en los árabes la nueva encarnación de nuestros antiguos opresores, nuevos agentes de los pogroms y de los nazis.

Esta situación le impone a Europa una particular responsabilidad en la solución del conflicto árabe-israelí: en lugar de denunciar con el dedo a las partes involucradas, los europeos deberían ser capaces de demostrar empatía y entendimiento a ambos. Nadie de ustedes tiene que escoger entre ser proisraelí o propalestino. Tienen que estar a favor de la paz.

La mujer de la ventana podría ser una mujer palestina de Nablus. Podría ser una mujer israelita en Tel Aviv. Si quieren ayudar a hacer la paz entre estas dos mujeres de las dos ventanas, será mejor leer más acerca de ellas. Lean novelas, queridos amigos, les dirán mucho. Es tiempo de que cada una de estas mujeres lea más acerca de la otra. Para aprender, por fin, qué le ocasiona miedo, furia. Las cosas irían mejor si también cada una de esas dos mujeres leyese acerca de la otra, para saber, al menos, qué hace que la mujer de la otra ventana tenga miedo, furia o esperanza.

No les he sugerido esta noche que leyendo novelas se puede cambiar el mundo. Lo que he considerado y creo es que leer libros es una de las mejores maneras de entender que todas las mujeres de todas las ventanas necesitan con urgencia, al final del día, la paz.

Quiero agradecer a los miembros del jurado del premio Príncipe de Asturias por haberme otorgado este maravilloso Premio. Gracias y *Shalom* a todos ustedes.

—Traducción del inglés de Bruno H. Piché.  
Fuente: Fundación Princesa de Asturias.

DIRECTORIO

**El Cultural**

[Suplemento de La Razón]

**Twitter:**  
@ElCulturalRazon

**Roberto Diego Ortega**

Director  
@sanquintin\_plus

CONSEJO EDITORIAL

**Julia Santibáñez**

Editora  
@JSantibanez00

**Facebook:**  
@ElCulturalLaRazon

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G.  
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial: Adrían Castillo Coordinador de diseño: Carlos Mora Diseño: María Fernanda Osorio

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 10

# AMOS OZ

## LEER: SER EL OTRO

BRUNO H. PICHÉ

para Rafael Pérez Gay, que sabe

**H**a comenzado 2019. Me interesa hablar de quien fue hasta pocos días antes de que concluyera 2018, un año especialmente complicado para todo mundo, empezando para mí mismo, el principal escritor de Israel.

Me refiero a Amos Oz.

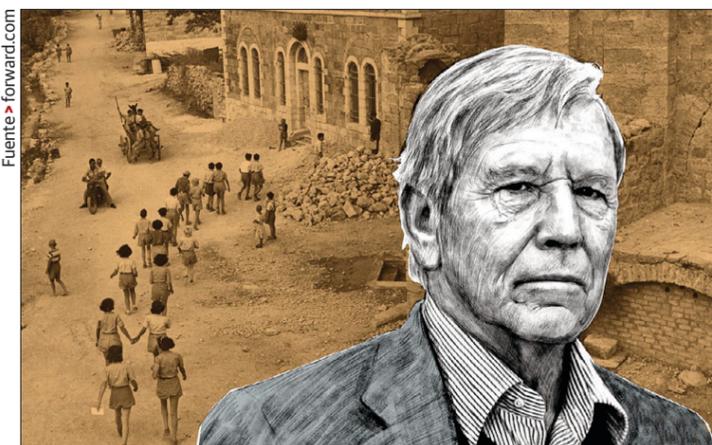
Quiero recordarlo no sólo por la importancia de su literatura. Además de extensa y variada: novela, cuento, ensayo, no me cabe duda que se trata de una obra perdurable, que a diferencia de las aves pasajeras, se seguirá leyendo dentro y fuera de Israel, no solamente por las alturas que alcanza, sino por los puentes que tendió entre el occidente *goy*, el pueblo palestino, el Medio Oriente, el globo terráqueo, el puente entre tú y yo lector, entre mi *yo* y mi *otro yo* en que, con suerte, logramos escapar de nuestra condición de meros individuos: sobre todo en el acto de, por ejemplo, amar, leer, pensar o escuchar música.

Daniel Barenboim y el finado profesor, ensayista y melómano Edward Said formaron, en una amistad profunda, un puente que ha probado ser de ese cemento armado llamado tolerancia: la West-Eastern Divan Orchestra en 1999 y la Barenboim-Said Akademie en 2005.

Si bien Amos Oz también tendió puentes de tolerancia en su vida, como miembro fundador en 1975 del movimiento pacifista israelí *Shalom Ajshav* –Paz Ahora–, es precisamente su obra, ese brazo que busca alcanzar al *otro* de la única manera en que la literatura puede hacerlo, intentando luchar contra el fanatismo y la intolerancia. Donde, por ejemplo, Saul Bellow vislumbró un experimento totalitario, Oz reconoce un accidente histórico, una espeluznante contradicción que incluso le costó ser vilmente condenado:

Pienso por mi experiencia que el choque entre judíos y árabes palestinos no es una historia de buenos y malos. Es una tragedia: un choque entre derecho y derecho. Y lo he dicho tantas veces que me he ganado el título de “traidor redomado” a ojos de muchos de mis compatriotas. (*Contra el fanatismo*).

De igual manera, criticó públicamente los ataques a Líbano y Gaza, así como el avance israelí en los asentamientos en territorios palestinos. Pero el puente que construyó con su obra



Amos Oz (1939-2018).

Amos Oz posee –así lo creo con una convicción que es a la vez una ética– una extensión universal que logra conectar con el interior de quienes habitan y se toman el tiempo de meditar, vagabundear, pensar, caminar sobre este planeta. En otras palabras, salir de nuestro propio, insuficiente, triste, ciego, sordo, narcisista y a la vez temeroso *yo* para imaginar otras vidas, distintas a las nuestras, que nos ofrecen las artes: la vida misma.

Buena parte de sus novelas y decenas de sus cuentos se refieren a las relaciones de pareja, a sus complicaciones y desenlaces en ocasiones desastrosos. En Amos Oz la pareja siempre es el problema que, en la vida real, en efecto resulta ser –doy por descontados a esos matrimonios atontados por los fuegos de artificio de sus posesiones, su supuesto éxito y que viven, o mejor dicho, sobreviven en su Disneylandia de la mente para acabar por igual en la ruina, los mismos que jamás leerían a Amos Oz, no se diga estas líneas.

Cierta crítica cavernícola local –es decir, lo que sigue de mexicanísima– encuentra en el relato de no ficción, la supuesta carencia absoluta de la imaginación e ingeniería que vendrían a ser, cosa ridícula, propias de la literatura de algo así como la invención abstracta y puramente literaria y que daría por descontado el Aleph de Borges porque éste reproduce las cosas del mundo, no las inventa. Nadie inventa nada. Es decir, la crítica de miras cortas que afirmaría que la *Vida del Doctor Johnson* es una patraña, un mero reflejo de su tiempo que nada tiene que ver con la literatura. Se trata de la misma crítica a la que habría que llevar al psiquiatra más cercano si leyera esto de Amos Oz: “Todas las historias que he escrito son autobiográficas, ninguna es una confesión”.

El origen de la exploración que hace Amos Oz de las relaciones entre hombres y mujeres, pero especialmente de las mujeres, proviene –sostengo– de la historia de su abuelo, Alexander, el eterno enamorado del sexo femenino que, acompañado de su prometida a bordo de un barco que llevaría a la pareja de Odesa a Nueva York, se enamoró locamente de otra mujer, pero gracias a la tenacidad de la abuela Shlomit, Alexander vivió décadas sometido, como escribió en un poema, a un viento de tormenta que azotaba sobre un alma ensombrecida.

Como cuenta Oz en *Una historia de amor y oscuridad*, apenas pasaron unos meses después de la muerte de la abuela Shlomit para que Alexander, a sus venerables setenta y seis años descubriera –estamos hablando, obvio, de una época anterior al viagra– el sexo.

Sin el menor viso de machismo, decía el viejo Alexander que todas las mujeres son guapas, sin excepción: “Los hombres están ciegos. ¡Completamente ciegos! Sólo se ven a sí mismos, ni siquiera a sí mismos. ¡Están ciegos!”.

Desde joven, Amos se preguntó cuál era el secreto del viejo. Recordando al abuelo dio por azar, como ocurre en la mejor literatura, con una tentativa de respuesta: sabía escuchar a las mujeres.

Un día, el mismo jovencillo se acercó de nuevo al abuelo Alexander para indagar, de la manera más inocente posible, acerca de las diferencias entre mujeres y hombres. El abuelo reflexionó un instante, se arrojó al pozo de la memoria, reemergió a la superficie y dijo:

–¿Pero en qué sentido las mujeres son exactamente iguales a nosotros y en qué sentido son muy, muy diferentes? Bueno, en eso –concluyó levantándose de su asiento–, en eso aún estoy trabajando.

Tenía noventa y tres años, y quizás siguió “trabajando” en esa cuestión hasta el fin de sus días. También yo sigo trabajando en ello.

La obra de Amos Oz no sólo ha dejado puentes para cruzar de la intolerancia a la tolerancia. Sobre todo nos ha dejado, a hombres y mujeres por igual, la imposible tarea de trabajar en ello: nuestras vidas. ■

**BRUNO H. PICHÉ**  
es autor de cinco libros. En 2018, Penguin Random House publicó su novela más reciente, *La mala costumbre de la esperanza*.

La galería de personajes que habitan el mundo narrativo de Isaac Bashevis Singer constituye un rescate literario sin precedentes. Ceremonias, costumbres, oficios, aspiraciones, carencias, sufrimientos, virtudes y defectos del pueblo polaco-judío aparecen a lo largo de su obra, con su cultura y su idioma —el idish—, recuperados por la pluma y resistencia de Bashevis, luego de su virtual extinción a raíz del holocausto, desde los parajes de la errancia y del exilio que signó a muchos de ellos como sobrevivientes.

## Isaac Bashevis Singer UN IDIOMA

# DE EXILIO Y RESISTENCIA

GILDA WALDMAN

En 1978, la Academia Sueca otorgó el Premio Nobel de Literatura a Isaac Bashevis Singer "por su apasionado arte narrativo, con raíces en la tradición cultural polaco-judía, que trae a la vida la condición humana universal". El premio fue sorpresivo, no porque la vasta obra de Bashevis Singer fuera cuestionada (al contrario, Henry Miller afirmaba: "si tuviese hoy que volver a empezar a escribir, tomaría como modelo a Singer"), sino por tratarse de un escritor en idish. Una lengua nacida en los ghettos de Alemania, que llegó a ser hablada por millones de judíos desde Holanda hasta Ucrania y los Balcanes pero siempre fue marginal: lo mismo con respecto a las lenguas *ilustradas* como en relación a la santidad del hebreo, y casi desaparecida luego del Holocausto, obtuvo de ese modo fama y reconocimiento mundial.

Nacido en la pequeña aldea polaca de Radzymin —cuando Polonia formaba parte del imperio ruso—, hijo y nieto de rabinos educado en la

tradición talmúdica, Bashevis Singer creció en las calles del barrio judío más pobre de Varsovia y desde muy joven, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor Israel Yeoshua [ver *El Cultural*, número 169], rompió con la ortodoxia judía e inició una carrera literaria. En 1935 emigró a Nueva York, donde sobrevivió escribiendo para periódicos en idish, hasta que Saul Bellow tradujo uno de sus relatos al inglés y lo publicó en *The New Yorker*. Ese hecho catapultó la fama literaria de Bashevis Singer entre el público de habla inglesa; sus cuentos y libros comenzaron a ser traducidos a ese idioma, pero él continuó escribiendo en idish, lengua que evoca la oralidad cotidiana del hogar y el mercado, cercana al fogón y al saber doméstico. Una lengua que brotaba desde la humildad, los recuerdos, los sueños y las esperanzas de quienes ocupaban el borde de la historia.

Abundante en humor e ironía, el idish es, como señala Isaac Bashevis Singer en su discurso de aceptación del Premio Nobel, un "lenguaje de exilio, sin una tierra, sin apoyo de un gobierno; un lenguaje que no posee palabras para dar nombre a las armas, municiones, ejercicios militares o tácticas de guerra".

Este es el idioma que, según Bashevis Singer, podía ser también el "de la temerosa humanidad". Profundamente anclado en el universo cultural y espiritual del judaísmo de Europa Oriental, en especial el polaco, para él escribir en idish fue un acto de resistencia y protesta contra la suerte de millones de judíos muertos en el Holocausto y cuya memoria corría el riesgo de ser sepultada por la amnesia.

“RECORRIÓ LAS ZONAS RELEGADAS AL OLVIDO PARA RECUPERAR LA MEMORIA DE LOS DERROTADOS POR LA HISTORIA, LOS DESVENTURADOS QUE DESEAN CREER, PESE A LAS DESGRACIAS, QUE AÚN EXISTE ALGO VALIOSO”.

COMO ESCRITOR, asumió la responsabilidad de resucitar un mundo brutalmente extinguido de la faz de la Tierra: el de los villorrios judíos diseminados por el territorio limitado por los mares Báltico y Negro y las cuencas de los ríos Vístula y Dnieper, así como el de la vida judía de Varsovia, desde fines del siglo XIX hasta principios de la Segunda Guerra Mundial. Entre los escombros de un mundo devastado, este escritor recorrió las zonas relegadas al olvido para recuperar la memoria de los derrotados por la historia, es decir, los desventurados que desean creer, pese a las desgracias, que aún existe algo valioso y significativo en la vida: la fe ilimitada, la alegría sobrenatural, la esperanza, el amor y la sencillez de sus antepasados, a quienes Bashevis Singer recrea, por ejemplo, en su libro autobiográfico *En el tribunal de mi padre*, una espléndida conjugación de memoria e imaginación.

En ese libro relata la historia de Reb Asher, un lechero. Este infatigable trabajador acude cada mañana a la sinagoga, al encuentro con su Dios, para luego conducir su carreta a la estación del tren y trasladar baldes de leche en jornadas diarias de hasta dieciocho horas; los sábados se refugia para estudiar una porción del Pentateuco. *En el tribunal de mi padre* incluye también la historia de Moshe Blecher, hojalatero, un señor pobre y erudito quien, a pesar de vivir durante generaciones como expatriado, conserva en el corazón y en el pensamiento la Tierra Santa



Isaac Bashevis Singer (1902-1991).



perdida e imaginada. En *Un día de placer*, otra recreación de su infancia, Bashevis Singer relata la historia de Shprintza, la energética dueña de una tienda de comestibles cercana a la casa de sus padres en la calle Krojmalna, quien

no paraba: quedaba embarazada, daba a luz, trabajaba en la tienda, aprovisionaba el almacén, preparaba pepinillos en conserva, hacía *sauerkraut*, vigilaba el agua para el té del sábado, e incluso encontraba tiempo para ejercer la caridad.

Otro personaje inolvidable es Abba Shuster, protagonista de su cuento "Los pequeños zapateros", a quien un saco cubre las rodillas mientras él mide, hace hoyos en el calzado y clava, al tiempo que entona cánticos tradicionales. Su alegría emana de la certeza de que cada puntada lo liga con Dios. Su trabajo es su religión y la religión es su vida. Al atardecer, después de dieciséis horas de faena, se levanta, lava sus manos, se pone su largo gabán y se dirige a la sinagoga de los zapateros.

Y qué decir de Shmuel Leib (de su cuento "Viernes breve"), "medio sastre, medio peletero y totalmente pobre", quien sólo usa hilos firmes y ninguna de sus costuras se deshace: compra las mejores telas, aunque gane menos, y entrega a sus clientes los pedazos que le sobran. De su padre ha heredado un grueso libro de pastas de madera que guarda con celo, el cual contiene los ritos y las leyes de cada uno de los días del año. Su pobreza no le impide comprar a los vendedores ambulantes libros sobre temas religiosos e interpretaciones morales que lee junto con su esposa.

Inolvidable también es Moisha, el deshollinador (del cuento "Lo dijo el mendigo"), puro y crédulo, quien llega al mercado de Yanov en una carreta con sus pocas pertenencias y demanda la tarea de limpiar las chimeneas porque un mendigo —que bien podía ser el profeta Elías— así se lo ha ordenado. ¿Y cómo olvidar a Gimpel, el más estremecedor símbolo de fe creado por Bashevis Singer ("Gimpel, el tonto"), quien a pesar de los constantes engaños a que es sometido, exclama con naturalidad: "sucedieron toda clase de cosas, pero yo no vi ni oí. Creí, y eso es todo". De todos estos personajes escribiría Bashevis Singer: "Y a los judíos como ellos los llevaban a Treblinka".

De su pluma surgieron artesanos, tenderos, pequeños comerciantes, obreros, rabinos, maestros, unidos

todos por el doloroso mapa de la extranjería pero permeados, profundamente, por una fe sin límites en un marco de responsabilidad y solidaridad colectivas. Ciertamente que no todos los personajes de Isaac Bashevis Singer alcanzan la bondad de los mencionados. Como afirma el propio autor: "No todos mis judíos son buenos. ¿Por qué tendrían que ser diferentes a todos los demás?". Entre ellos hay también eruditos tramposos, pecadores, avariciosos, adúlteros, asesinos, estafadores, en fin.

**ISAAC BASHEVIS SINGER** se convirtió en el depositario de la memoria de un pueblo; incluía su lengua, su tradición, su ley, pero también sus conflictos, que mostró sin reparos en su vasta obra. También plasmó el destino del judío en su proceso de inserción en la modernidad, similar al del hombre europeo por la pérdida de identidad en un mundo de fronteras móviles y nihilismo espiritual. La soledad humana en la trampa laberíntica en que se ha convertido la historia, el desgarramiento del hombre cuando los viejos dioses han sido destronados y los nuevos aún no han sido coronados.

Si bien los ecos de la Revolución Francesa llegaron tardíamente a Polonia, el Iluminismo tuvo un profundo impacto en la vida judía tradicional. De allí que uno de los grandes ejes temáticos de la obra de Bashevis Singer se centre en ese momento de ruptura de la sociedad tradicional judía y su paso a la modernidad occidental, con la esperanza depositada en la libertad, el individualismo, la ciencia y el progreso. Con esta línea, en sus más grandes novelas, *La casa de Jampol* y *Los herederos* (que comienzan en 1863 y concluyen a fines del siglo XIX), así como en *La familia Moskat* (que transcurre entre 1911 y 1939), Bashevis Singer retoma la vertiente de la saga familiar para recuperar la centralidad de la narración histórica y recrear la declinación familiar como parte de un proceso histórico. No era casual, pues tradujo del alemán al idish *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, lo cual le proporcionó

una gran cercanía con este modelo literario.

**AL ABORDAR EL PROBLEMA** de la libertad desde la perspectiva judía, Bashevis Singer apunta al momento en el que el judío quedó alienado de su comunidad, de sí mismo y de su Dios. Rompió con el universo cultural y espiritual que permaneció inalterado durante siglos para abrirse a las fascinantes posibilidades que el mundo moderno ofrecía al hombre. En efecto, los protagonistas de *La casa de Jampol*, *Los herederos* y *La familia Moskat* viajan rumbo a Varsovia desde los pequeños villorrios —mundos geográficos y espirituales que dieron significado a la vida judía durante cientos de años—, en el momento en que Polonia empezaba a convertirse en una sociedad industrial y urbana, proceso en el cual los judíos desempeñaron un papel sustancial. Educados en el espíritu de la Ley e imbuidos de los preceptos talmúdicos, se destierran de su pasado para vivir libremente, sin el peso de las generaciones. Fascinados por Kant, Spinoza, Hegel, Goethe, Schiller, Heine, Darwin y Malthus, dejan atrás un mundo fincado en la jurisdicción de Dios para internarse en la modernidad que promete una vida más próspera, aunque también sin resonancias de grandeza espiritual. Separados de sus raíces religiosas y metafísicas, convertidos en seres aislados que reducen su vida a la mera sucesión de presentes puntuales, sus protagonistas, al mismo tiempo que intentan dar respuesta y sentido a su caos interior, llevan la libertad hasta sus límites: a la ausencia de todo valor. Desarraigados voluntariamente de su mundo anterior, transformados en identidades anónimas que buscan lo perdido en el constante peregrinar de mujer en mujer, o de lugar en lugar, viven su viaje hacia la modernidad como un proceso de *degradación de valores* similar al recreado por Hermann Broch en su trilogía *Los sonámbulos*.

Asa Heschel, quizá el personaje literario más puro de Bashevis Singer (en *La familia Moskat*), podría ser el

“UNO DE LOS GRANDES EJES TEMÁTICOS DE LA OBRA DE BASHEVIS SINGER SE CENTRA EN ESE MOMENTO DE RUPTURA DE LA SOCIEDAD TRADICIONAL JUDÍA Y SU PASO A LA MODERNIDAD OCCIDENTAL, CON LA ESPERANZA DEPOSITADA EN LA LIBERTAD”.



Fuente &gt; cultures-1.com

“BASHEVIS SINGER IMPULSÓ EL FLORECIMIENTO DE LA LITERATURA DE LAS NACIONES APLASTADAS POR LA HISTORIA. FUE PRECURSOR DE UNO DE LOS FENÓMENOS MÁS INTERESANTES DE LA NARRATIVA CONTEMPORÁNEA: LA LLEGADA DE LOS BORDES AL CENTRO”.

Esch judío de Hermann Broch, para quien los valores del pasado siguen siendo importantes aunque no sepa a ciencia cierta qué representan. Podría ser asimismo el protagonista judío de la novela *Hambre*, de Knut Hamsun, que lleva la soledad del hombre a su extremo más radical. Asa Heschel es, por lo tanto, la conjugación del judío y el hombre moderno que asiste a la muerte de Dios en el itinerario de su libertad, desterrado de sí mismo y para quien cualquier valor puede ser intercambiable. Como Meursault en *El extranjero*, o Joseph K., errante en un mundo sin sentido. Tanto ellos como Aarón Greidinger (protagonista de *Shosha*) o Yasha Mazur (protagonista de *El mago de Lublin*) elevan la condición judía a símbolo del desamparo radical del hombre moderno. Sabedores del mutuo destierro entre ellos y la divinidad, erosionados en su conciencia, están atrapados, como la Europa de su tiempo, en un escenario de máscaras que culminará en el papel grotesco de algunos líderes del siglo XX. Para estos personajes de Bashevis Singer, la metáfora de la vida es la de quien busca, sin encontrarla, una señal en el camino peligroso y destructor de la modernidad. Suya podría ser la exclamación existencial de Kierkegaard: “Hundo mi dedo en la existencia —no huele a nada. ¿Dónde estoy? ¿Qué es esta cosa llamada mundo?”.

**PERO LA OBRA** de Bashevis Singer contiene otro punto radical del desarraigo humano: el destierro absoluto de los sobrevivientes del Holocausto, dispersos en Nueva York, Canadá, Israel o Buenos Aires. Arrancados de cuajo no sólo de la tradición, la lengua y las raíces judías, sino hasta del entorno y la cultura polacos, a los cuales ya se habían incorporado.

Todos ellos sienten una profunda culpa por estar aún con vida. Herman Broder (protagonista de *Enemigos*) y Aarón Greidinger (protagonista de

*Shosha*, que reaparece más tarde en la novela *Meshugah*), por ejemplo, están suspendidos en el espacio y en el tiempo. No sólo recorren frenéticamente Nueva York de un extremo a otro y de una mujer a otra, sino el pasado mismo, imposible de olvidar, y también el presente que se niegan a aceptar. Son como cuerpos sin alma, disecados de toda fuerza espiritual, incapaces ya de distinguir entre la vida y la muerte, la realidad y la ilusión.

Víctimas no sólo de la Emancipación sino de una ideología que hizo del exterminio judío el hilo conductor de su política, además de las fuerzas irracionales generadas por la propia Ilustración y la contra-ilustración, el Holocausto significa para ellos la erradicación del pueblo judío, pero también el exilio del hombre en un universo donde los códigos éticos han sido trastocados. Con la moral anulada y el mal implantado, encierran que la futilidad de la vida humana equivale a la futilidad de Dios. Para Herman Broder y Aarón Greidinger, Dios ha callado y su silencio equivale al exilio de la humanidad.

**APESAR** del juicio humano a la justicia divina, de las imprecaciones del hombre a las acciones del Creador y de la respuesta que Aarón Greidinger espera en vano, Dios se refugia en el silencio, en la muerte de la palabra, definitivamente aniquilada en septiembre de 1939, cuando las tropas nazis entran en Varsovia. Singer escribe en *La familia Moskat* que en ese momento “el Mesías era la muerte”, pues descreo de todas las ideologías seculares modernas que, convertidas en programas políticos, prometieron un futuro esperanzador. Inmune al hechizo que contagió no sólo a vastas masas europeas, especialmente en el periodo de entreguerras, sino también a muy diversos filósofos, artistas y literatos, Bashevis Singer rompió radicalmente con todos los

*ismos* que seducían e hipnotizaban al hombre y le ofrecían soluciones definitivas para una Europa moderna “llena de planes, pero que demandan sacrificios humanos”. Si personajes como Ezriel y Asa Heschel pensaron que integrarse en la sociedad moderna significaba encontrar arraigo, hogar y seguridad, fracasaron. La literatura de Kant, Spinoza, Hegel, Schopenhauer, Lessing o Tolstoi no les proporcionó paz espiritual, ni la integración económica-social les otorgó ciudadanía de modernidad.

Si para ellos la Redención se llamó Iluminismo, para muchos otros judíos el papel redentor lo asumió la Revolución. El sueño de la Tierra Prometida dio paso a la Tierra de la Promesa, y muchos de los personajes literarios de Bashevis Singer reemplazaron las exégesis talmúdicas por fervorosas discusiones revolucionarias y por una participación activa en la acción política, sólo para desilusionarse después. Muchos de ellos viajan a la Unión Soviética, no sólo en busca de un lugar más seguro frente a la inestabilidad económica de la Polonia de entreguerras, sino fundamentalmente atraídos por la revolución bolchevique. Sin embargo, la experiencia fue trágica y en su mayoría fueron perseguidos, encarcelados o aniquilados.

Quizá el relato más dramático al respecto sea “Fugitivos hacia ninguna parte”, que narra la huida de los militantes stalinistas y trotskistas cuando el ejército nazi entra en Varsovia y la suerte que les espera al arribar a Bialystok, entonces bajo el poder soviético. En el más amplio sentido, para Bashevis Singer no sólo las promesas de Redención de las principales ideologías políticas modernas se habían convertido en una trampa, sino que la modernidad misma era ya un callejón sin salida.

Su obra le dio nombre y apellido al hombre moderno que, dotado de individualidad creadora, autonomía de conciencia y libre albedrío, debió cargar con la angustia de su existencia y crear sus propias Tablas de la Ley. Un hombre desprotegido espiritualmente que buscó apaciguar, en las profecías políticas seculares, su miedo y desesperación. Por otra parte, el escritor de una lengua humillada que a pesar de todo se resiste a morir impulsó el florecimiento de la literatura de las naciones aplastadas por la historia, que hoy se hace presente con sus olvidadas realidades. Singer fue precursor de uno de los fenómenos más interesantes de la narrativa contemporánea: la llegada de los *bordes* al *centro*. Un ejemplo de ello fue el *boom* latinoamericano, la literatura *disidente* o la renovación de las letras inglesas a través de escritores provenientes de territorios colonizados por el Imperio Británico. Errante por zonas desprovistas de optimismo histórico, Isaac Bashevis Singer evoca un mundo perdido, dialoga con su tiempo desde los villorrios de Polonia o Galizia y también desde la paupérrima calle Krojmalca en Varsovia, hoy registrados en el gran mapa de la literatura con un sello propio. ■

La relación entre literatura y boxeo ha sido motivo de textos que vinculan a personajes tan disímbolos como Ernest Hemingway, Julio Cortázar y George Bernard Shaw. Aquí la bisagra funciona para metaforizar al Nobel mexicano en su faceta de polemista, según lo retrata el libro de Armando González Torres, *Los signos vitales. Anacronismo y vigencia de Octavio Paz*. Esta lectura desmenuza los varios ángulos que ese volumen, de reciente aparición, ofrece sobre nuestro escritor más cosmopolita.

## OCTAVIO PAZ

# EL POETA Y EL PUGILISTA

MARY CARMEN SÁNCHEZ AMBRIZ

Hace cuatro años, el centenario de Octavio Paz trajo consigo varios títulos, algunas reediciones y otras novedades que invitaban a emprender una atenta relectura de su obra. Habrá que recordar que autores como Christopher Domínguez Michael, Jorge Aguilar Mora, Enrique González Rojo, Xavier Rodríguez Ledesma, Enrico Mario Santi y Armando González Torres se han ocupado del pensamiento crítico de Octavio Paz, asunto un tanto complicado si se tiene en cuenta que la poderosa figura de Paz inhibía a la crítica.

Si examinar la obra paciana era un reto complejo, hablar de su vida se convertía —a veces— en un intrincado laberinto. Hay entrevistas que retratan al poeta, en una especie de *close-up*, aunque en realidad no son muchos los acercamientos que permitió a su persona.

En una de sus últimas entrevistas, Emmanuel Carballo señaló:

Al crítico le corresponde poner orden, ser el cronista de un momento —o de varios momentos sucesivos— de la literatura de un país. Y cuando el crítico no llega a tiempo a la cita que tiene contraída con la historia, o no ejercita lúcidamente el papel que le está encomendado, la comprensión de ese “momento” será más difícil y se demorará el conocimiento de sus autores más representativos.

Eso es precisamente lo que ha hecho Armando González Torres, tanto en éste como en otros libros sobre Octavio Paz, poner orden. Advertir cuáles han sido los años clave en la vida del poeta, qué tipo de estudios y reflexiones han motivado tanto su poesía como sus ensayos, qué batallas decidió librar y, sobre todo, trazar una cartografía de las aportaciones de Paz en sus obras más esenciales.

*Los signos vitales. Anacronismo y vigencia de Octavio Paz*, de Armando González Torres (Libros Magenta, México, 2018) está dividido en tres partes: la primera de ellas se llama

“PAZ LE REVELA A JULIÁN RÍOS QUE EN SUS COMIENZOS *EL LABERINTO DE LA SOLEDAD* FUE UNA NOVELA, QUE NO LE FUNCIONÓ BAJO ESE MODELO PORQUE LOS PERSONAJES NO SE DESARROLLABAN COMO TALES SINO QUE ERAN VEHÍCULOS PARA LA REFLEXIÓN”.

“Padres e hijos”, en donde se rastrean cuáles son los nuevos libros en torno a Paz y en qué consiste su principal aportación. El apartado también puede asimilarse de la siguiente manera, como cuando alguien lanza a la orilla de un río una piedra y se forman ondas relacionadas con el efecto que acaba de ocurrir. Esas ondas, precisamente, son las que analiza González Torres.

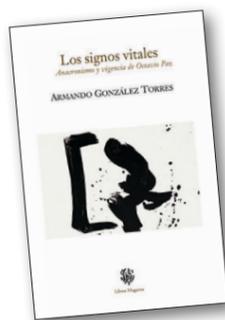
Desde 1988, año del fallecimiento del escritor que creció en Mixcoac, han aparecido libros y textos juveniles, epistolarios, entrevistas, antologías y ensayos sobre Octavio Paz. Armando González Torres les toma el pulso a esos textos, lleva a cabo esa tarea de ordenamiento y clasificación temática: Paz biográfico, Paz en otras latitudes como Francia y Japón, Paz como editor de revistas importantes en la cultura mexicana (*Plural* y *Vuelta*), Paz y la crítica literaria, Paz y la poesía moderna como atento lector de T. S. Eliot, Paz y el arte contemporáneo, entre otras facetas de un mismo autor, el más importante de las letras mexicanas y, no cabe duda, el más polémico.

Si existe una palabra que podríamos aplicar a la figura de Octavio Paz y su relación con sus lectores, quizá ésta sea *reconciliación*. Podemos estar o no de acuerdo con su manera de analizar la política mexicana, con sus acercamientos a los círculos del poder; no obstante, su obra literaria no tiene por qué estar impregnada de epítetos que corresponden a otras áreas. Pero resulta complicado hacer esta división con un hombre, tal como lo define Armando González Torres,

de un espíritu omnívoro, con un apetito por las más diversas disciplinas, que no sólo escribió una obra poética señera del siglo XX, sino que incidió en los más variados territorios del conocimiento, desde la literatura comparada, la historia y la sociología hasta la crítica de arte.

La segunda parte del libro se titula “Afinidades y querencias”. Aquí se habla del interés de Paz en estudiar y analizar la obra de Sor Juana. Cuando González Torres se refiere a la empatía y la profundidad del acercamiento de Paz a Sor Juana, advierte “una mirada comprensiva, admirativa, que no sólo parece la de un historiador sino la de un hermano”. ¿Acaso Paz, en algunos momentos de su vida, se sintió igual de incomprendido y aislado que Sor Juana?

En ese mismo apartado se aborda el libro *Solo a dos voces*, uno de los mejores volúmenes de entrevistas a Octavio Paz. En dicho título, el poeta le revela a Julián Ríos que en sus comienzos *El laberinto de la soledad* fue una novela, que no le funcionó bajo ese modelo porque los personajes no se desarrollaban como tales sino que eran vehículos para la reflexión, por lo que aquello tomó, naturalmente, la forma del ensayo. Tenía entonces el impulso narrativo que ejercitó, por un lado, en los relatos y poemas en prosa de *¿Águila o sol?* y también, dos décadas más tarde, en *El mono gramático*, en el que recorre los senderos de la creación, y que podría tener el antecedente de *El libro vacío*, de Josefina Vicens, novela que suele ir acompañada de una



carta-prefacio de Paz, en donde éste se identifica con el protagonista José García y su búsqueda del *todo* en la *nada*, el vacío, de un cuaderno en blanco.

Siguiendo con el asunto de las conversaciones, Armando González Torres propone que imaginemos un divertimento o un caos, no sé de qué modo verlo en realidad. Que pensemos en un encuentro entre Octavio Paz —con un whisky en la mano— y

Roberto Bolaño —con un café *latte*—, y que seguramente el resultado de esa cita hubiera cambiado la manera en que Bolaño se refiere a Paz en *Los detectives salvajes*. González Torres cree que Paz se hubiera reído de los desplantes de los jóvenes vanguardistas y que Bolaño habría aceptado muchos de los coscorriones que Paz propinaba a los más dogmáticos y complacientes militantes de la época. Y que la velada no se habría extendido

porque Paz ya era viejo y Bolaño estaba enfermo. En lo personal, me resulta difícil suponer un encuentro de esa naturaleza, sobre todo si tomamos en cuenta el espíritu rebelde y radical de Bolaño, y que antes de que publicara esos detectives no se había dado el fenómeno que se creó —literario y comercial— a su alrededor.

Luego toca el turno a la tercera y última parte del libro, la más lograda y disfrutable, “El poeta y el pugilista”. Uno de los textos que la integran aborda el esplendor y las aportaciones de “Piedra de sol”, y el siguiente ensayo refiere una faceta de Octavio Paz que González Torres ha explorado en otro título: se trata de las polémicas de Paz con Daniel Cosío Villegas, Antonio Castro Leal, Rubén Salazar Mallén, Jorge Aguilar Mora, Héctor Aguilar Camín, Fernando del Paso y Carlos Monsiváis, entre otros.

Para Armando González Torres no existe duda de que Paz fue el mayor polemista hispanoamericano del siglo pasado y que la disputa fue su gimnasia intelectual y su laboratorio de ideas. Nos recuerda que no hay debate importante del siglo XX en el que Paz no haya tomado postura. Sus polémicas incluyen temas sobre la función del arte en los años treinta hasta las coyunturas políticas nacionales e internacionales de los noventa. Lo observa como un polemista precoz, explosivo y frontal.

Por un instante, imagino a Paz convertido en un pugilista, lanzando los *jabs* y *uppercuts* que se requieren para enfrentar con destreza a su oponente. Paz sería el campeón de los pesos completos, hábil con los puños y también diestro en el momento de esquivar golpes de sus adversarios. Sin duda, más certero con la derecha que con la izquierda. Lo visualizo arriba del *ring* con la mirada fija en su oponente y atento a la campana para dar inicio a la pelea, una discusión por demás encendida.

Hace poco, con la noticia de la muerte de Eduardo Arroyo, revisé la obra gráfica del artista plástico con la idea de detenerme sólo en los cuadros que hizo relacionados con el boxeo. El poeta y pugilista Arthur Cravan fue uno de los que incluyó en sus retratos. Es célebre la serie de dibujos que hizo del rostro de Cravan después del enfrentamiento que tuvo con Jack Johnson.

Cravan era un poeta surrealista suizo y seguramente Paz tuvo noticias de él, en la época que apreciaba esa corriente literaria. El lema de Cravan, que siguió al pie de la letra y hasta sus últimas consecuencias, afirma: “Todo gran artista tiene el sentido de la provocación”. Así es como se ve analizado en este acercamiento a la vida y obra de Octavio Paz.

Armando González Torres ha escrito un libro necesario que pone orden a la imparable cascada de reflexiones positivas y negativas que suscita la presencia de Octavio Paz. Si algún reproche habría que hacerle a su autor, radica en la brevedad de algunos textos que, en lo personal, hubiera querido que fueran de largo aliento, de doce rounds para ser precisa. ▣

## EL TIRADERO

JOSÉ CARLOS CASTAÑEDA

*He visto que las cosas  
cuando buscan su curso encuentran su vacío.*  
FEDERICO GARCÍA LORCA,  
*Poeta en Nueva York*

Diez pisos arriba  
un niño juega  
suspendido  
asomado  
de la cintura a la cabeza.

Cuando regresa al departamento  
mi padre descubre tirada su colección de libros;  
novelas desencajadas con el lomo roto por el suelo,  
a un lado maltrechos tubos de la aspiradora,  
los cojines sucios de nuestro sillón,  
monedas regadas, águila y sol,  
una frazada azul repleta de agujeros  
(mi confianza hecha trizas)  
en el aire aún algunos billetes,  
en el piso zapatos impares.

Mi abuela Lucha camina sigilosa  
sujeta a la pared;  
teme a su aliento.  
El vacío, abuela, te ha elegido,  
pero un largo pasillo nos separa.  
Al recordarlo, todavía sus manos tiemblan.

En la estufa un guisado espera,  
cualquier ruido es una amenaza.  
(Mayakovski, ahora lo sé:  
morir no es difícil, convivir sí lo es.)  
Antes de caer  
(¿quién imagina un niño que se tira al vacío?)  
mi abuela detiene el vaivén;  
su abrazo  
me vuelve a casa.

Diez pisos abajo, un tiradero. ▣

*A partir de su experiencia de primera mano como asistente, hace años, a un concierto del guitarrista Steve Vai, la autora de este texto hace un recuento de lo que fue estar ahí pero, sobre todo, del golpe de adrenalina que significó compartir minutos imposibles con el músico y "componer" una canción con él, para luego "ser" su guitarra. La crónica ahonda en la potencia emocional que se acumula en un concierto, más la incontestable presencia del ídolo personal al alcance de la mano.*

## LA NOCHE EN QUE FUI

# LA GUITARRA DE STEVE VAI

LIGIA URROZ

Si hay algo que me apasiona sobremanera es la música: la respiro, la como, la bebo, la siento, me vibra, me excita, me entristece, me eleva... en fin, me declaro una adicta a ella. La necesito a todas horas, para todo lo que hago; para despertar, hacer ejercicio, bañarme, trabajar, manejar, comer, en fin. Soy una melómana. Pero no es gratis, lo traigo de familia, mi abuelo era el director y primer violín de la orquesta sinfónica de Managua. La nieta le salió rockera y es la guitarra rítmica de una banda de covers de los ochentas. Me enfundo en mi Telecaster Vintage y mientras ensayo o estamos en algún toquín con la banda, me siento absolutamente en estado de gracia.

En el 2013 se anunció que Steve Vai, uno de mis ídolos de la guitarra, se presentaría en el Teatro Metropolitano de la Ciudad de México, el 26 de noviembre, un día después de mi cumpleaños. Siempre festejo desde el primero de noviembre hasta el 30; si el mes tuviese más días seguiría enfiestada. ¡Qué mejor manera de celebrar la vida que yendo al concierto de Vai! Invité a tres amigos guitarristas: Isaac, Fede y Charlie. Isaac era el guitarrista líder de mi banda, mi gurú y amigo en las buenas y en las malas pero como ocurre en la mayoría de las agrupaciones, la nuestra se dividió y él se quedó del otro lado. Fede es otro amigo guitarrista que grabó en el 97 con Sony Music y tuvo mucho éxito con tres singles en Centroamérica y México: "Cielo", "Este mundo gira" y "Qué chido", la rola que usaron para Big Brother México. Fede y yo nos hicimos amigos en una fiesta en la que él era el DJ. A Charlie lo conocí en un

**“ADEMÁS DE SER MELÓMANA SOY UNA LOCA CLAUSTROFÓBICA. ODIOS ENCIERROS, ES POR ELLO QUE MIS DOS ACOMPAÑANTES SE DEDICARON A DISTRAERME CANTANDO ‘MORE THAN WORDS’ DE XTREME”.**



Steve Vai en México, noviembre de 2013.

partido de futbol en Aguascalientes (en el que nos aburríamos como otras) y nos dedicamos a platicar de música, letras y las pasiones que nos movían. Ha sacado un par de discos y es un abogado y compositor orgánico que toca descalzo. Un brujito que seguramente conocí en otras vidas. Mis tres amigos son una década menores que yo y los admiro como compositores, intérpretes y arreglistas.

El día tan esperado del concierto salimos Isaac, Fede y yo hacia el Centro. Nos dieron un aventón al Metro Observatorio porque había un tráfico infernal. Además de ser melómana soy una loca claustrofóbica. Odio los encierros, es por ello que mis dos acompañantes se dedicaron a distraerme cantando "More than words" de Xtreme, mientras hacíamos el viaje. La gente que iba en el vagón del metro nos miraba de reojo y sonreía, uno que otro seguía la canción. Nos bajamos en la estación Juárez, caminamos entre los puestos y como todavía era muy temprano, nos metimos al bar Miramar, un lugar con forma de barco que está frente al teatro, donde nos habíamos quedado de ver con Charlie. Pedimos mesa al tipo que estaba en la entrada, nos revisó con la mirada de la cabeza a los pies y nos dio una mesa bajita junto a la barra con unos banquitos móviles, se notaba a leguas que no éramos clientes del bar sino que probablemente hacíamos tiempo para entrar al concierto. En la mesa frente a nosotros había una chava vestida con

una minifalda blanca de lycra y una blusa tres tallas más chica que la que le correspondía, por lo que mostraba exageradamente sus atributos. Estaba acompañada por un señor que se dedicaba a abrazarla y a agarrarle, a plena vista de todos, la teta derecha. Ella reía y tomaba un cocktail. Pedimos unas chelas y nos dedicamos a hablar de música. Conforme pasaron los minutos, las mesas de enfrente se fueron poblando de chavas a las cuales se les podía tocar descaradamente. Fue entonces cuando nos dimos cuenta que estábamos en un bar de ficheras. En ese momento llegó Charlie y seguimos platicando y cheleando tan tranquilos mientras que en las mesas de enfrente los señores toqueteaban y sacaban a bailar a las señoritas al son de las canciones tropicalonas; había una banda tropical que tocaba en vivo. Nos veíamos como un parche negro (obviamente vestíamos rockeros) frente a tanto colorido exuberante. Estábamos en canales diferentes.

**A LAS 8:30 SALIMOS** del bar y cruzamos la calle para entrar al teatro; nos sentamos en nuestros lugares asignados, ansiosos por ver aparecer a Vai. Ese 2013 la gira se llamó *The Story of Light* y alrededor de las 9:11 apareció Steve vestido con una especie de caftán negro con manga corta que le llegaba a la rodilla y unos pantalones acampanados con motivos orientales rojos con dorado. Con su metro y ochenta y tres centímetros de altura, el pelo negro a la altura de los hombros y la delgadez extrema, parecía un Quijote luminoso que nos llevaría al éxtasis musical, y así lo hizo. Con su JEM de Ibanez rompió la ansiedad de la espera con "Racing the World", "Building the Church" y "Velorum" para luego llevarnos a un primer clímax (de muchos) con "Tender Surrender". Verlo tocar esa rola eriza los poros de la piel; mira su guitarra como si fuera una amante y le sonrío, con sus largos dedos la acaricia a través de los trastes y realiza *bendings* circulares que en mí se traducen en choques eléctricos por todo

mi sistema nervioso. Es un acto de sensualidad pura y dura, se le podría comparar a una sesión de sexo tierno con nalgadas y jalones de pelo. Siguió tocando temas del álbum *The Story of Light*: "Gravity Storm", "Weeping China Doll", "The Moon and I", para luego llevarnos al *Passion and Warfare* y darnos un trío perfecto de guitarra, bajo y batería con el enorme "The Animal"; también de ese álbum nos regaló "Answers" y "The Audience Is Listening". Además de la JEM, alternaba con la Flo y la Juice.

Esa noche lo acompañaban los músicos Dave Weiner en la segunda guitarra, Jeremy Colson en la batería y Philip Bynoe en el bajo. Weiner tiene tipo de chico bueno, vestía de jeans con camiseta negra y no podía faltar su collar de cuentas de madera. Bynoe es un morenazo con rastas que llegó con una camisa floja color celeste, muy diferente a su *look* habitual de rockero donde casi siempre muestra sus bíceps trabajadísimos. Colson no me sorprendió. Vistió su camiseta negra sin mangas para mostrarnos el mapa de sus tatuajes, llevaba el pelo casi rapado de los lados y con un mohicano en la mollera.

Después de un set más zen y otro acústico con "The Moon and I", "Rescue Me Or Bury Me", "Sisters" y "Treasure Island" (entre algunas otras), Jeremy Colson tocó un *drum solo*, el cual Steve aprovechó para realizar un cambio de vestuario y aparecer con un magnífico traje de luces con el cual nos interpretó "The Ultra Zone", la canción que le da el nombre a dicho álbum, y "Frank". Tocó una guitarra con unos *dots* de leds que en la oscuridad se veían alucinantes, parecía un *alien* superdotado, el soberano de un planeta de luz y sonidos, el cual tenía totalmente hipnotizados a sus súbditos. Al término de "Frank" cambió otra vez de vestuario y regresó con una camiseta negra y unos pantalones acampanados de tonos azules y ocre.

**FUE ENTONCES** cuando tomó el micrófono y dijo que quería jugar con dos espectadores para que le construyesen una canción. Seleccionó a un muchacho que se veía que llegó al concierto derrapando de su oficina, ya que usaba pantalones y camisa de vestir. Luego Steve volvió a pasar la vista alrededor del público y ocurrió lo que jamás pensé que ocurriese: me veía fijamente y me señalaba con el dedo índice. No lo podía creer, todavía le pregunté a señas, *me?*, poniéndome la mano derecha en el pecho. Cuando él asintió, yo corría ya hacia el escenario del Metropolitan donde dos tipos enormes me ayudaron a

#### LIGIA URROZ

(Nicaragua, 1968) es autora de la novela *La muralla* (Narratio Aspectabilis, 2017) y un texto suyo se incluye en el libro *Once mujeres que cuentan erotismo* (publicado por la misma editorial en 2018).

“TOCÓ UNA GUITARRA CON UNOS DOTS DE LEDS QUE EN LA OSCURIDAD SE VEÍAN ALUCINANTES, PARECÍA UN ALIEN SUPERDOTADO, EL SOBERANO DE UN PLANETA DE LUZ Y SONIDOS QUE NOS TENÍA TOTALMENTE HIPNOTIZADOS”.

El logotipo de Steve Vai.



Fuente: youtube.com

subir las escaleras que conducían al escenario. Pasé al lado de los amplificadores Carvin Legacy III y pude ver a un lado de mis pies la pedalera de Steve, hubiese matado por llevar mi celular y sacarle una foto. Me abrazó y me preguntó mi nombre, me llevó junto con el muchacho oficinista y allí nos encontramos los dos, en el mero centro del escenario, con los ojos abiertos como platos por estar con uno de nuestros ídolos de la guitarra. Steve se puso a dar las instrucciones: nos dijo que teníamos que tararear el ritmo que se nos ocurriera y que él iría construyendo una canción con ello. Así lo hicimos: entre el oficinista y yo, con Steve y Colson, compusimos nuestra canción. Yo seguía en las nubes, viendo a Vai como una aparición de una dimensión imposible. Pensé que nos despediría del escenario pero mi siguiente sorpresa fue cuando nos sentó, al oficinista y a mí, a un lado del escenario para que siguiéramos viendo el concierto.

Yo no salía del asombro, me sudaban las manos y tenía una taquicardia peor que la de la rola de Fito Páez. No podía estar sentada, quería pararme y brincar para siempre. En eso le cambiaron la guitarra, Weiner hizo una intro con puros *power chords* y Steve volteó al público poniendo los brazos en V, haciendo que subiera y bajara el volumen de las ovaciones. Y empezó la gloria: "For The Love Of God". Tenía a Vai a menos de dos metros, podía vivir los acordes de esa rola que me trastorna al lado del gigante, entré en un estado catatónico donde sólo existía la música y la figura de Vai. Sus dedos largos y huesudos parecían flotar a una velocidad vertiginosa sobre los trastes y jugaban con la barra de trémolo de una manera magistral. Mientras tocaba, el tipo estaba en otra esfera y yo era la espectadora en primera fila de esa visión maravillosa. Al final de la rola tocaba la guitarra hasta con la lengua y nos dio el solo más maravilloso de cierre que yo hubiese escuchado jamás. La guitarra y Vai estaban mimetizados, como el centauro que es una simbiosis perfecta entre el hombre y el caballo, así Steve Vai y su guitarra, un auténtico milagro.

Terminó la rola y puso de nuevo sus brazos en V. El público del Metropolitan era una masa extática que gritaba y ovacionaba al hacedor del prodigio. Steve salió por el lado izquierdo del escenario. El oficinista y yo estábamos pegados a nuestros

asientos, yo me apretaba la boca con las manos y me revolví el pelo en un estado de delirio cuando de pronto apareció nuevamente en el escenario. El público seguía desbordado y aplaudía frenéticamente. En la pantalla del teatro, justo atrás de la banda, había una figura de Vai con su logotipo en colores rojos, naranjas y amarillos. Steve se puso la guitarra y sonaron los primeros acordes de "Taurus Bulba" de su *Fire Garden*. Esa rola es un viaje por un mundo maravilloso, a mí me suena a desierto, a dátiles y a incienso, me invita a cerrar los ojos y perderme en un viaje sin retorno. Desde el inicio de la rola, el oficinista y yo no pudimos permanecer sentados, estábamos extasiados a menos de dos metros de nuestro ídolo.

En eso, Steve Vai me hizo señas de que me acercara y sin dejar de tocar pasó el tahalí de su guitarra por mi cuello, me la colgó y siguió tocando su solo. Allí me encontraba yo, entre la JEM y el pecho de Vai, abrazada y abrasada por él. Pude ver los largos dedos del maestro como si fueran los míos, como si yo tuviese el don y la maestría de tocar de esa manera. En ese momento yo también era parte de la simbiosis guitarra-hombre, por unos segundos fuimos uno, no podíamos estar más cerca. *Ese fue el momento en el que fui la guitarra de Steve Vai*. Cuando sacó la guitarra por mi cuello regresé a mi lugar con las manos en la cintura, me temblaban las piernas y los pensamientos. Fue uno de los momentos más extáticos de mi vida.

**TERMINÓ EL CONCIERTO** y un miembro del *staff* de Vai se acercó hacia mí, me extendió el *setlist* y me regaló una plumilla con la que había tocado el maestro. Me preguntó al oído si venía sola para llevarme al camerino del ídolo, le dije que sí tenía compañía y que lamentaba no poder estar a solas con Vai. Él me despidió con una sonrisa solidaria.

Bajé del escenario y ya estaban mis tres amigos esperándome al pie de la escalera. Mientras caminábamos entre los asientos rumbo a la salida, varios fans me pedían fotografías de ellos conmigo y la chuleta. Cuando salimos del teatro sentí el aire frío en la cara, los vendedores ambulantes ofrecían discos, tazas y playeras, yo los veía desde un estado entumecido de confort y seguía sin dar crédito a lo que acababa de vivir. ■

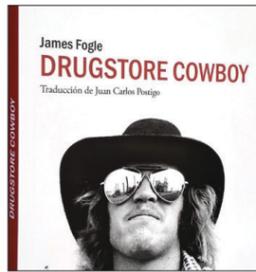
**PAUL MCCARTNEY. LA BIOGRAFÍA, MALPASO.** Más que un libro, más que una biografía: un acontecimiento cultural. La historia de los Beatles, juntos o separados, son *Las mil y una noches* del rock & roll. Y si bien no es la primera vez que se cuenta la vida de MacCa, esta es la versión definitiva y más succulenta. Extensa como los más de setenta años del biografiado. Si algún día la humanidad perece y sólo sobrevive este documento será suficiente para volver a reconstruir la civilización. Indiscutiblemente el libro del 2018.

**EL PASO. A PUNK STORY, BENJAMÍN VILLEGAS, BANDAÀPARTE.** Una historia sencilla, la de una banda chicana de punk que jamás publicó un disco. Pero que entre las patas cuenta el paso del movimiento punk por El Paso, Texas. Una de las lecciones del punk es que para contar una buena historia hacen falta tres minutos, esa misma ideología infecta este librazo. Capítulos cortos, de apenas tres páginas, que se originaron gracias a una maleta de souvenirs recobrada décadas después. **MEMORIAL DEVICE, DAVID KEENAN, SEXTO PISO.** La vieja guardia presume que la reputación del rock se edificó de 1963 a 1974, sin embargo el post-punk es el periodo histórico que más fascinación ha generado en las generaciones posteriores. Y es, cómo no, más rico como material literario y para prueba esta novela que es al mismo tiempo una biografía oral sobre una banda ficticia. El reportaje al servicio de la ficción. Pero es más que la novela de un periodista o el reportaje inventado de un novelista, es una lobotomía a la era.

**DRUGSTORE COWBOY, JAMES FOGLE, SAJALÍN.** Los dioses son inmisericordes. Mientras existen cientos, quizá miles de personas que ansían con toda su alma ser escritores y no lo consiguen, vienen y le dan todo el talento a un presidiario. Y desde la cárcel James Fogle escribió esta novela perfecta. De dónde sacó la malicia literaria para configurar una obra maestra. Es *El principito* del mundo de los fármacos. Si la película les gustó, éste les va a encantar. Es diez mil veces mejor.

**YO POR DENTRO, SAM SHEPARD, ANAGRAMA.** Confort y letras para volar. Como todos los libros de Shepard, este también sobresale por su tono. Una música que es como el hocio de un pitbul, una vez que te muerde ya no te suelta. Un estupendo testamento para una vida literaria irreplicable. Su despedida lo confirma como el mago de la fragmentación. Nadie como él ha hecho de los hoteles los protagonistas absolutos. Y en sus entrañas la vida que peregrina hacia la noche.

**EL PUENTE, GAY TALESE, ALFAGUARA.** Talese afirma que *El motel del voyeur* no ha sido el primero de sus libros en ser atacado. La realidad es que es su obra más floja. Y el



“ES EL PRINCIPITO  
DEL MUNDO  
DE LOS FÁRMACOS.  
SI LA PELÍCULA LES  
GUSTÓ, ÉSTE LES  
VA A ENCANTAR”.

documental de Netflix tampoco lo salva. Pero para calmar las aguas llega la reedición de esta enorme pieza del periodismo callejero. Y no hay más remedio que quitarse el sombrero. Justa y necesaria nueva edición que hacía falta en español.

**CARTAS, JOHN CHEEVER, RANDOM HOUSE.** Escalofrantes las confesiones y descripciones que hace Cheever sobre su homosexualidad en su correspondencia. Prologada nada menos que por su hijo. Qué difícil es ponderar el valor literario por encima del dolor familiar, pero gracias a eso la familia de los Cheever puso en librerías este epistolario en los ochenta. Llega a nuestro idioma con algo así como treinta años de retraso. Pero no importa el *delay*, es igual de conmovedor.

**ANTIGUA SABIDURÍA GONZO, HUNTER S. THOMPSON, SEXTO PISO.** No es porque yo haya antologado este libro, pero tengo que decirlo. Qué monumento a la libertad. Si algo saca uno en claro de las sabias palabras del doctor Thompson es que son más adictivas que cualquiera de las drogas que se suministra. He releído este libro cuatro ocasiones y no me cansa. Estoy seguro que en cualquier momento volveré a él. Es uno de esos libros que nunca coloca uno en el librero. De esos que pasan una temporada en el buró y otras encima de la tapa del excusado, donde gotas de la regadera lo bañan esporádicamente.

**WALT WHITMAN YA NO VIVE AQUÍ, EDUARDO LAGO, SEXTO PISO.** No se dejen engañar, que este sea un libro de ensayo no lo hace para nada académico. Es emocionante. Que te atrapa y no te suelta. Por qué. Porque apenas arranca la disputa entre DFW y Frazen te embrija. Luego da un giro, se convierte en un libro de viaje y luego de postales. Todo alrededor de la literatura gringa. Y es además una guía para conocer esta tradición. Y por si fuera poco incluye un mapa para que te adentres desde sus orígenes hasta la actualidad. Es uno de los libros que me producen una profunda envidia, de esos que yo hubiera querido haber escrito. 📖

## EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por  
**CARLOS VELÁZQUEZ**

@charfornication

## LOS LIBROS DEL 2018

**AL FONDO DE SU GRIETA** en el muro, el alacrán escarba en su biblioteca para buscar respuestas a sus dudas estéticas, pues intenta puntualizar algunas formas mediante las cuales la industria cultural global se apropia de las estéticas subalternas o marginales para desprenderlas de su contenido contestatario y explotarlas comercialmente.

El venenoso piensa en cintas como *Spectre* de James Bond (2015) y *Coco* de Disney (2017) —corporativo con pretensiones de registrar los derechos de la marca “Día de Muertos”—, y en cómo la estética popular de esta festividad tradicional mexicana es saqueada para proyectarla al mercado del consumo cultural global, vaciándola de los contenidos inherentes a su condición de cultura y arte de los pueblos subalternos y, en muchos casos, en resistencia al proceso de asimilación-globalización de sus expresiones culturales y artísticas.

El arácnido se remite también a teleseries como *Ingovernable* (Argos, 2017) y *Diablero* (Morena Films, 2018). En ellas, expresiones propias de las estéticas marginales como el lenguaje popular (irreverente, vulgar, delincencial), la intervención urbana (graffiti, altares a Malverde o la Santa Muerte), la intervención física en los cuerpos *chacas* de la disidencia (tatuaje y *piercing*), así como otras formas radicales de reeducación corporal (lo transgénero) que cuestionan los patrones de conducta y belleza heteronormativos, son sustraídas (abstraídas) de su contexto marginal antisistémico. Así se nulifican su protesta y resistencia, desprendidas de su contexto de inconformidad y asimiladas a la *normalización* de las conductas marginales, hasta ser finalmente promovidas por las redes de comunicación masiva como formas despojadas de su peligro contestatario.



Foto > octobergalleries.com

“LA INDUSTRIA  
CULTURAL GLOBAL  
SE APROPIA DE  
LAS ESTÉTICAS  
SUBALTERNAS O  
MARGINALES PARA  
DESPRENDERLAS  
DE SU CONTENIDO  
CONTESTATARIO”.

El venenoso apunta también el plagio abierto de los diseños textiles de los indígenas oaxaqueños, copiados por la modista francesa Isabel Marant y la empresa Antiquité Vatic (la blusa mixe de Santa María Tlahuitoltepec), y los motivos propios del huipil contemporáneo (de San Juan Bautista Tlacoatzintepec) *apropiados* para su comercialización por la marca española Intropia.

Por este camino, el escorpión llega al más claro y difundido ejemplo de apropiación cultural global: la imagen de una comunista, bisexual, discapacitada por un accidente y plenamente artista, Frida Kahlo, quien desafió los cánones estéticos de la plástica y aun los de la belleza física (y pagó las consecuencias), hasta convertirse en un hito mexicano, cuya obra se cotiza por el mundo, mientras se exhiben su indumentaria y sus pertenencias personales como nuevos paradigmas estéticos. 📖

## EL SINO DEL ESCORPIÓN

Por  
**ALEJANDRO DE LA GARZA**

@Aladelagarza

## JAMES BOND, COCO, CHACAS Y FRIDA

## REDES NEURALES

Por  
**JESÚS  
RAMÍREZ-BERMÚDEZ**

EL MESTIZAJE  
LITERARIO

En tiempos de Mozart, el príncipe de Austria visitó un teatro para vigilar la calidad de cierta pieza de ballet. El estreno sería parte de una celebración real. Ningún detalle estético debía escapar a la sensibilidad aristocrática, bien versada en los cánones artísticos de su tradición. Al observar el ensayo, el príncipe se mostró incómodo. Todos esos saltos maravillosos no me conmueven, denunció el monarca: los bailarines son extraordinarios, pero sus movimientos me parecen ridículos sin la música. ¿Por qué no hay músicos en esta pieza? Con temor a cometer una imprudencia, uno de los acompañantes balbuceó: usted mismo prohibió la música en el ballet, su alteza. ¿Quiere que la usemos otra vez?

El día de hoy, el pequeño príncipe todólogo que llevamos dentro se regodea con nuestra solemnidad omnisciente. Comprometidos con una ideología estética, perdemos el bosque por criticar el árbol. El premio Nobel de Literatura a Bob Dylan generó debates interesantes en muchos estratos de nuestra cultura, pero un juicio que leí de manera repetida entre las protestas por el galardón, consiste en que el ganador es un músico y héroe popular indiscutible, pero un escritor de corto alcance. Para demostrarlo se plantea que, sin la música, la poesía de Dylan pierde su magia y es cursi o banal. Pero ¿no actuamos como el príncipe austriaco cuando queremos leer canciones sin música? ¿Debemos asumir que la esencia de la literatura radica en la lectura y la escritura?

Según Isaac Asimov, la escritura es el más grande invento de la humanidad. Pero ¿debemos tomar una actitud religiosa ante ese portento? Prefiero una versión de la literatura más cercana a la de Scherezada en *Las mil y una noches*: me refiero a un diálogo hablado, escrito o cantado, capaz de alimentar nuestra conciencia, y a veces, de salvar nuestra vida. La literatura habita los libros, pero también puede encontrarse en la conversación cotidiana, el radio, el cine, los medios digitales, la música popular. Aunque la escritura es uno de los ejercicios de atención más completos que conozco, el planteamiento de la esencia de la literatura como un arte hecho solamente por escritores me parece infectado de fundamentalismo. Al igual que el baile, anhelo un día en que la literatura sea realmente un ejercicio para la mayor cantidad posible de personas. Quizá eso va en contra de la tendencia elitista arraigada en los ambientes literarios y en todos los espacios de la (autodenominada) alta cultura. En su hilarante libro *Las caricaturas me hacen llorar*, Enrique Serna incluyó un ensayo titulado "El naco en el país de las castas". Allí plantea que uno de los grandes pecados del personaje más estigmatizado por el clasismo mexicano es su condición mestiza: aunque los pueblos indígenas sufren una gran marginación material, en la dimensión simbólica su pureza étnica motiva toda clase de idealizaciones. La condición mestiza no tiene ese prestigio estético y es mirada con desconfianza por los aristócratas de las artes. Enrique Serna expone el caso de Juan García Ponce, quien revela en su novela *Pasado presente* el sentimiento de repulsión frente a las masas populares mexicanas, en la calle y en el Metro. En algún sentido, el elitismo estético está atento a los avances amenazantes de cualquier forma de mestizaje de los lenguajes artísticos: la combinación de música y literatura descalifica a Bob Dylan, la literatura digital es mirada con sospecha, el lenguaje de los comics sólo es aceptado en el esnobismo cultural cuando se usa el concepto de *novela gráfica*, como si los alcances de la narrativa gráfica tuvieran que recibir las bendiciones del arzobispado literario. Italo Calvino lloró muchas veces el exilio de las imágenes en los libros adultos.

Durante los años universitarios leí un libro muy estimulante: *Una introducción a la teoría literaria*, de Terry Eagleton, un autor al que regreso con alegría

“TUVE UNA  
PAREJA QUE DECÍA:  
SOSPECHO  
DE CUALQUIERA  
QUE NO JUEGUE.  
¿CUÁL ES TU JUEGO?,  
ME PREGUNTÓ.  
LE CONTESTÉ  
QUE LA LITERATURA”.



Giovanni Tazza, *Collage*, detalle.

y respeto. El primer capítulo, si la memoria no me traiciona, se titulaba "¿Qué es la literatura?". Eagleton discutía los límites de la producción literaria, y ponía como un ejemplo de alguien que está afuera de la literatura a Carlos Marx, un ejemplo con el que me resulta fácil estar de acuerdo: sin subestimar la creatividad intelectual y el poder analítico de San Marx, es claro que se trata de un autor aburrido, serio, denso, muy relevante pero poco disfrutable. ¿La tarea literaria consiste en buscar el gozo estético? Un día decidí hacer la pregunta directa a mi padre, quien llevaba más de cuarenta años dedicado a la creación literaria. Su respuesta fue muy sencilla: la literatura es el arte, o simplemente la práctica, de jugar con las palabras. Como cualquier otra definición, la de mi padre está abierta a la crítica. La teoría literaria no es una ciencia exacta, y no hay manera de validar esta hipótesis o cualquier otra como correcta o incorrecta. Eso sí, cada definición trae consigo su carga de consecuencias políticas, sociológicas, estéticas. Tuve una pareja que decía: sospecho de cualquiera que no juegue. ¿Cuál es tu juego?, me preguntó. Le contesté que la literatura, pero me miró con escepticismo. Y sin duda el canon crítico se ha encargado de reforzar la idea de la literatura como una actividad solemne, y desde luego puede serlo; los alcances trágicos de las grandes obras narrativas contradicen, en apariencia, la hipótesis lúdica, pero es posible que la eficacia de la tragedia se deba, en alguna medida, a los recursos del juego formal implícitos en la estructura narrativa. Se trata de un juego serio, a veces, o de un juego real, pero no de la seriedad o la realidad a secas. El tono amargo asusta al público; mi pareja no había leído libros en muchos años, quizá porque los mitificaba como objetos de veneración en un culto amargado. La idea de juego, en el corazón de lo literario, implica el gozo inherente a la experiencia artística, y si no garantiza la profundidad del contenido informativo, sugiere que la transmisión del conocimiento será más efectiva si se hace con espíritu lúdico. En su libro *Vuelo sobre las profundidades*, mi padre incluyó un ensayo sobre Nabokov, uno de sus autores predilectos, y al final se refiere a él como un hombre genial que, derrotado por el implacable principio de la realidad económica y legal, sólo tiene palabras para jugar. Así concibo la literatura: un código capaz de combinarse con las imágenes, la música, el lenguaje del cuerpo, y que sin embargo no requiere más que palabras y la voluntad del juego. ■